

documenting the history and development of the new state of California, it became clear to him that he also had to do the same thing for the parent country. His first major acquisitions came from the materials spirited out of Mexico after the execution of Maximilian in 1867. Bancroft acquired 3,000 volumes at the 1869 auction of the collection of bibliophile José María Andrade; and in 1880, when the collection of the first president of Maximilian's government, José Fernando Ramírez, went on the auction block in London, he acquired almost 1300 items for \$30,000—\$600,000 in today's terms. These collections are enormously important for documenting Mexico's colonial history as well as the War of Independence and still rank among Bancroft's most significant. Shortly afterwards, in 1883, Bancroft made his first trip to Mexico, where, in addition to his collecting activities, he was entertained by President Porfirio Díaz.

After the University of California acquired The Bancroft Library in 1906, Mexican history continued to be a major collecting focus. As early as 1911, at the urging of Professor Herbert Bolton, who came to Berkeley from Texas and Stanford, the library embarked on an aggressive program of transcription and then of microfilming archival collections, particularly in the Archivo de Indias in Seville and Mexico's Archivo General de la Nación. This activity, focusing especially on the Borderlands of northern Mexico and the Southwest of the United States, a region that Bolton made peculiarly his own, continued for more than fifty years under the directorships of Bolton and his student George Hammond, like Bolton a professor of Latin American history at Berkeley.

Of the recent Mexican acquisitions perhaps the most important are the papers of Silvestre Terrazas (1873-1944), a member of a distinguished family from northern Mexico and the publisher of *El Correo de Chihuahua* (BANC MSS M-B 18). They are of particular importance for the last years of the "Porfiriato" and the first years of the Mexican Revolution, from 1910 to 1915. In 1996, during my first year as director, Bancroft acquired more than sixty *expedientes*, records of Mexican Inquisition trials, dating from 1595 to 1817 (BANC MSS 96/95 m), complementing existing Inquisition records in the library. In fact, it is the largest such collection outside of Mexico itself.

All of which is to say that Bancroft is a wonderful library in which to conduct research on all aspects of Mexican history and society, from the immediate post-conquest days in the sixteenth century to the present, as many of the scholars who are here can attest. *1810 - 1910 - 2010 Mexico's Unfinished Revolutions* underscores Bancroft's ongoing commitment to understanding our sister republic to the south.

Charles B. Faulhaber
September 18, 2011

¿ES POSIBLE HACER LA HISTORIA DE LAS MUJERES EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA?

Gabriela Cano
El Colegio de México

¿Es posible hacer la historia de las mujeres? ¿Es posible hacer la historia de las mujeres en la Revolución Mexicana? La primera pregunta fue planteada por la historiadora francesa Michelle Perrot hace más de dos décadas, en una de las obras fundadoras del proyecto intelectual y político de colocar a las mujeres en el centro de las narraciones históricas.¹ La interrogante tuvo respuesta en la obra de historiadoras de distintas generaciones y países que han hecho del campo una de las especialidades más ricas de la historiografía en las últimas décadas. En un libro reciente, la propia Perrot hizo una reseña sintética de las aportaciones de la historia de las mujeres, principalmente en Francia, y otras autoras han hecho lo propio para la historiografía de América Latina.²

Hasta hace pocos años, la historia de las mujeres mexicanas se veía con cierto desdén y en muchos ámbitos académicos se le llegaba a considerar como "un empecinamiento romántico o cómo la búsqueda de pequeños grupos y actores en lugares oscuros".³ Tal descrédito—opina Mary Kay Vaughan—ha perdido fuerza ante obras que abordan las maneras como el género moldea el estado, la guerra, los mercados, el trabajo, la familia, las prácticas de consumo, así como los procesos de modernización intelectual y artística, además de destacar la importancia de la actuación femenina en los dichos procesos.⁴

Sin embargo, a pesar de la creciente apreciación de la historia de género del México revolucionario y posrevolucionario en medios académicos, las mujeres recibieron muy poca atención en las conmemoraciones del Centenario de la Revolución Mexicana del año de 2010. Su invisibilidad como actores históricos fue palpable en los medios de comunicación, en la producción bibliográfica de casas editoriales comerciales y universitarias y en las actividades de divulgación histórica impulsadas por instituciones de distintos niveles de gobierno. Dada la poca atención prestada a las mujeres en un momento en que la historia atrajo la atención de la opinión pública, tiene sentido parafrasear la

interrogante que Michelle Perrot formuló hace casi tres décadas y preguntarse si ¿es posible hacer la historia de las mujeres en la Revolución Mexicana?

Los grandes protagonistas en el Centenario de la Revolución Mexicana fueron las figuras consagradas de la historia, los líderes de las principales facciones revolucionarias: Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, Francisco Villa y Venustiano Carranza, actores de una historia militar y política que prevalece como la narrativa más divulgada del movimiento revolucionario. De acuerdo con el estudio de Eileen O'Malley, los grandes líderes cristalizaron como "héroes machos" en la memoria del movimiento armado que se construyó en las décadas posrevolucionarias y han permanecido en el centro del escenario histórico, como se hizo evidente en las conmemoraciones de 2010.⁵ No obstante, algunas actividades de divulgación histórica se orientaron a destacar la participación de las mujeres. Hubo foros, programas de radio y televisión, revistas monográficas sobre el tema y hasta la develación de una estatua.⁶

Los programas televisivos y radiofónicos llegaron a públicos amplios; sin embargo, es innegable que el tema de las mujeres como protagonistas centrales ocupó un sitio secundario en medio de los desfiles, películas, "spots" y programas de radio, anuncios y programas de televisión y películas. Hasta donde yo tengo conocimiento, circularon apenas tres libros centrados en mujeres revolucionarias; sólo una obra de investigación original de carácter biográfico y dos obras de ficción popular.⁷ Con todo, creo que las conmemoraciones de 2010, en conjunto, le dieron al tema de las mujeres un espacio mayor que el que tuvo en el cincuenta aniversario de la Revolución Mexicana en 1960. La colección de libros del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, iniciada a principios de los años setenta, incluyó un único título sobre mujeres revolucionarias entre un centenar de obras publicadas bajo la dirección de Salvador Azuela. Esta colección se caracterizó por ser plural y acoger testimonios de las diversas facciones revolucionarias y por incluir investigaciones que tenían el entonces novedoso enfoque regional, pero no tuvo cabida para obras como las memorias de Leonor Villegas de Magnón, impulsora de la Cruz Blanca Constitucionalista y cuyo testimonio daba cuenta de la importancia de la participación femenina en la etapa armada.⁸

Sostengo que la poca visibilidad de las mujeres en las conmemoraciones de la Revolución Mexicana se debió al arraigo de la figura de Adelita. Aunque un tanto desgastada como símbolo de la mujer revolucionaria, la Adelita tuvo cierta presencia en las conmemoraciones de 2010, al menos en el desfile militar del 20 de noviembre, la efeméride en que se recuerda el inicio del movimiento armado. El desfile incluyó un contingente de mujeres del ejército, tanto oficiales como tropa que desfilaron disfrazadas de Adelitas.⁹

La Adelita es una idealización de las soldaderas, mujeres rurales que efectuaron tareas indispensables para la sobrevivencia cotidiana de los distintos ejércitos revolucionarios y que, pese a los avances logrados por la historia con enfoque de género, orientada a explicar los discursos y roles sociales de mujeres y hombres en contextos específicos, persiste en muchos ámbitos como imagen emblemática de las mujeres en la Revolución Mexicana. Cuando me refiero a la mítica Adelita, no quiero menospreciar la importancia de las soldaderas, mujeres rurales que apoyaron tanto a las tropas rebeldes—maderistas, zapatistas, villistas y constitucionalistas—como a las del ejército federal, haciéndose cargo de aspectos básicos de la infraestructura militar, que carecía de cuerpos profesionales que se ocuparan de la alimentación y la atención médica de los combatientes. Algunas soldaderas brindaron compañía sexual y afectiva a los combatientes mientras que otras colaboraron en labores de espionaje, mensajería y transporte de armas, actividades de alto riesgo en tiempos de guerra. Sus contribuciones fueron esenciales y merecen un estudio que profundice en la valoración cualitativa y cuantitativa de sus actividades en las distintas regiones del país donde operaban.

Mary Kay Vaughan propone ver más allá de la Revolución Mexicana y entender la movilización de las soldaderas como parte de un fenómeno mundial, "la corriente migratoria iniciada desde finales del siglo XIX, alentada por los ferrocarriles, los medios de comunicación, la capitalización del campo, la urbanización y los placeres baratos".¹⁰ Es innegable que las mujeres rurales tuvieron una importancia central para los ejércitos revolucionarios; sin embargo, que yo sepa, la historia militar no se ha ocupado de estudiarlas. El interés académico se ha orientado sobre todo al análisis de las imágenes literarias de la soldadera, que se manifestaron en la cultura popular tanto en corridos como en el cine.¹¹

La figura de la Adelita, una mujer joven sexualmente atractiva y sumisa, fue un tropo cultural reiterado a lo largo de décadas en la memoria oficial y popular de la Revolución Mexicana. Su divulgación fue decisiva para la invisibilización de las mujeres de diversas posiciones sociales, regiones y filiaciones políticas que participaron como propagandistas, espías, mensajeras, redactoras o enfermeras en la guerra. La imagen de la Adelita adquirió fuerza, arraigo y perdurabilidad porque operó como un complemento binario del revolucionario estereotípico, el revolucionario valiente, de una pieza, con poder militar, político y representante de alguna ideología que se impuso en la memoria de la Revolución Mexicana. A diferencia de Madero, Zapata, Carranza, Villa o tantos revolucionarios locales, conocidos por nombre y apellido y por sus hazañas militares y políticas, la Adelita es anónima, no tiene apellido, ubicación

regional, ni filiación política. Puede colocarse en cualquier momento histórico, en cualquier facción; siendo muy femenina es adaptable a cualquier narrativa revolucionaria.

La fuerza y perdurabilidad de la Adelita puede entenderse acaso como una "tradición inventada", esas creaciones culturales surgidas en momentos de intensa modernización, que, de acuerdo con Eric Hobsbawm buscan inculcar valores y formas de comportamiento a partir de una relación ficticia con el pasado.¹² Como símbolo de la mujer revolucionaria, la Adelita dio legitimidad a un orden simbólico de género, en donde las oposiciones tajantes entre lo femenino y lo masculino prevalecían como norma irrefragable. En ese orden de género, la mujer con rasgos definidos como femeninos es depositaria de lo tradicional y de lo rural, mientras que el hombre representa la modernidad urbana, ocupando los puestos de poder y tomando las decisiones tanto en el ámbito público como en el privado.

Las tradiciones inventadas se sustentan en una continuidad generalmente ficticia entre el presente y el pasado que, en este caso, se manifestó en la vigencia de la figura de la mítica Adelita en el imaginario del México posrevolucionario. Carlos Monsiváis, con su característico sentido del humor, describió la vitalidad de la Adelita en los siguientes términos: "Corrieron miles o decenas de miles de versiones sobre la identidad de la verdadera Adelita, y, durante una etapa, no había mexicano o mexicana que se respetara carente de un testimonio personal o familiar de Adelita: 'Era una señora que vivía enfrente de la casa de mi mamá'".¹³

La Adelita también despertó el interés de periodistas e intelectuales de la época. Periódicos y revistas publicaron innumerables notas sobre el tema y circuló al menos un libro que puede verse como una muestra representativa de la invención de Adelita como símbolo de la mujer revolucionaria. Baltasar Dromundo, abogado, autor de narraciones sobre la Revolución Mexicana (incluida la primera biografía de Emiliano Zapata), publicó *Francisco Villa y la 'Adelita'* en 1936, un breve libro en el que Dromundo participa en el debate sobre la identidad de Adelita y ubica su origen en Durango, tierra natal de Villa. (Figure 1)¹⁴

Por el título de la obra, podría pensarse que Francisco Villa y Adelita son coprotagonistas del relato; sin embargo, en realidad, Villa es el protagonista central y Adelita es una suerte de personaje añadido, que aparece sólo en la introducción y en las páginas finales. Si se le menciona en el título del libro es quizás para sugerir una trama romántica que haría atractivo el libro a un público más amplio al aprovechar el amplio interés por la identidad de la Adelita.

El episodio dedicado a Adelita comienza con una intervención oratoria de

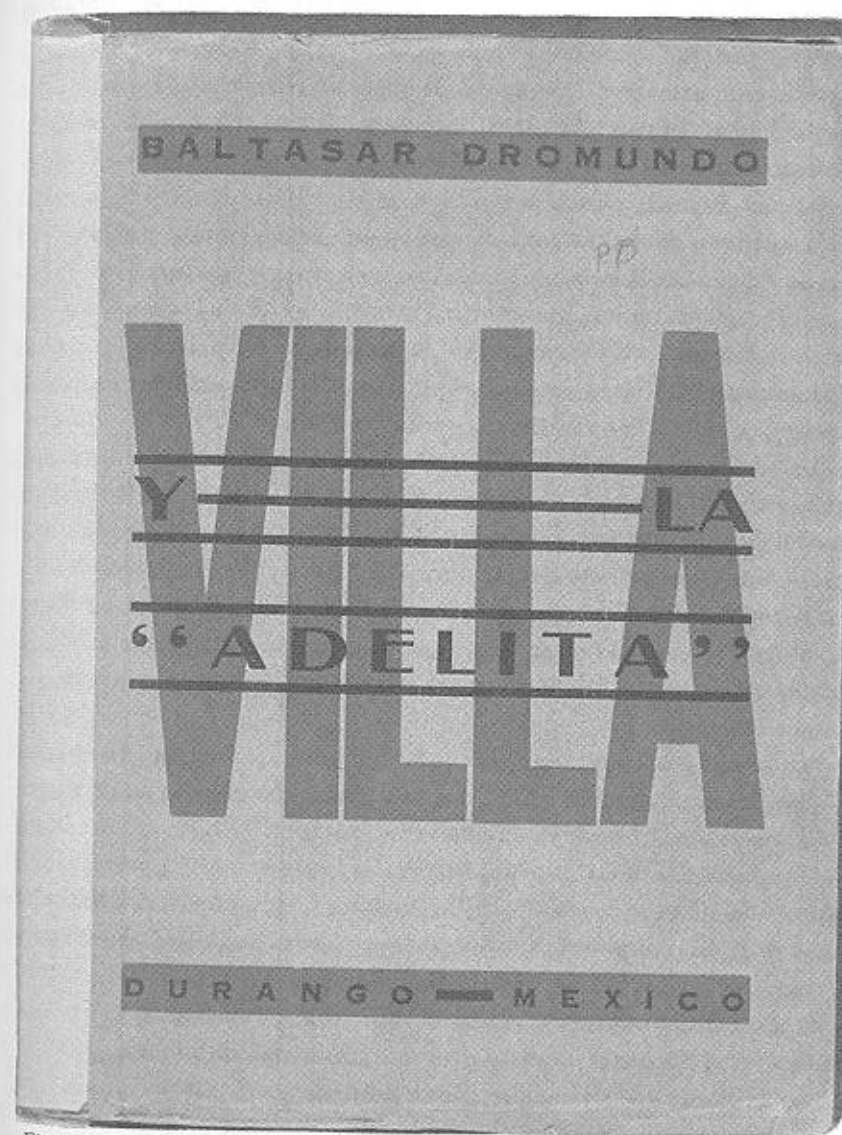


Figure 1. Portada de Baltasar Dromundo, *Francisco Villa y la 'Adelita'* (Victoria de Durango, 1936) (The Bancroft Library, F1235.V64 D7)

la joven dedicada a exaltar a Francisco Villa. Dromundo menciona el hecho de pasada, sin detenerse en el contenido del discurso, porque no le interesa destacar las contribuciones de Adelita a la causa villista sino subrayar su atractivo físico y disponibilidad sexual. Adelita existe como personaje en el relato sólo por su atractivo sexual y, paradójicamente, ese rasgo la conduce a una muerte prematura en lo que constituye un castigo a su sensualidad.

Desde las primeras páginas, Dromundo deja claro que su relato no narra “la verdad histórica”, sino que se trata de una “investigación folklórica” cuyo propósito es mostrar que “la estirpe de la mujer norteña se mantiene viva”. La mujer del norte del país a la que el autor exalta es una mujer rural, “educada en contacto directo con la naturaleza” y que permanece al margen de las tendencias sociales modernizadoras que llevaron a muchas mujeres a trasladarse a centros urbanos, donde con frecuencia se empleaban en fábricas y oficinas. El ideal de Adelita implícitamente rebate esas tendencias modernizadoras; Adelita siempre aparece en un entorno rural y casi nunca es una oficinista o una obrera; en la versión de Dromundo es “la novia de los trabajadores de nuestra lucha de clases”.¹⁵ Sería inimaginable que fuera ella misma la protagonista de la lucha de clases, o de cualquier movimiento social.

La Adelita se inscribe en la fascinación con la mujer rural que se aprecia en el personaje de Dromundo y que Adriana Zavala ha señalado como un rasgo característico de la cultura posrevolucionaria.¹⁶ Esa fascinación con la mujer rural se puso de manifiesto en el concurso de belleza La India Bonita de 1921 y en la popularidad de estereotipos como la India Bonita o la China Poblana que, al igual que la Adelita, se constituyeron como depositarias de los valores tradicionales, opuestos a la modernización que abría nuevas oportunidades a las mujeres. (Figure 2)¹⁷

En tanto “tradición inventada”, la Adelita surgió en medio de la modernización del papel social de las mujeres, ocurrido en las décadas veinte y treinta. La migración del campo a la ciudad de hombres y mujeres y la modernización económica de las primeras décadas de la posrevolución provocaron el aumento del número de mujeres que en ámbitos urbanos se incorporaban a la fuerza de trabajo remunerada. Obreras y empleadas de oficina utilizaban al menos parte de su salario en vestirse a la moda, con el cabello corto, en vez de las trenzas características de la Adelita.¹⁸ Otra señal del cambio en las opciones posibles para las mujeres fue el surgimiento, a mediados de los años treinta, de dos agrupaciones que reclamaban mayor presencia y voz pública para las mujeres: el Frente Único Pro-Derechos de la Mujer, que congregó a activistas del sufragio femenino, sindicalistas, maestras de escuela, obreras y campesinas, y el Ateneo de Mujeres, al que se integraron periodistas y escritoras, muchas de ellas con empleos de distinto nivel en oficinas públicas y que buscaban tener reconocimiento a su trabajo literario y periodístico.¹⁹

La visibilización de las mujeres en la Revolución Mexicana fue un propósito de reformadoras sociales y activistas vinculadas tanto al Frente como al Ateneo de Mujeres. Dar visibilidad y reconocimiento a aquellas que habían participado en el movimiento armado, superando visiones estereotipadas como la de

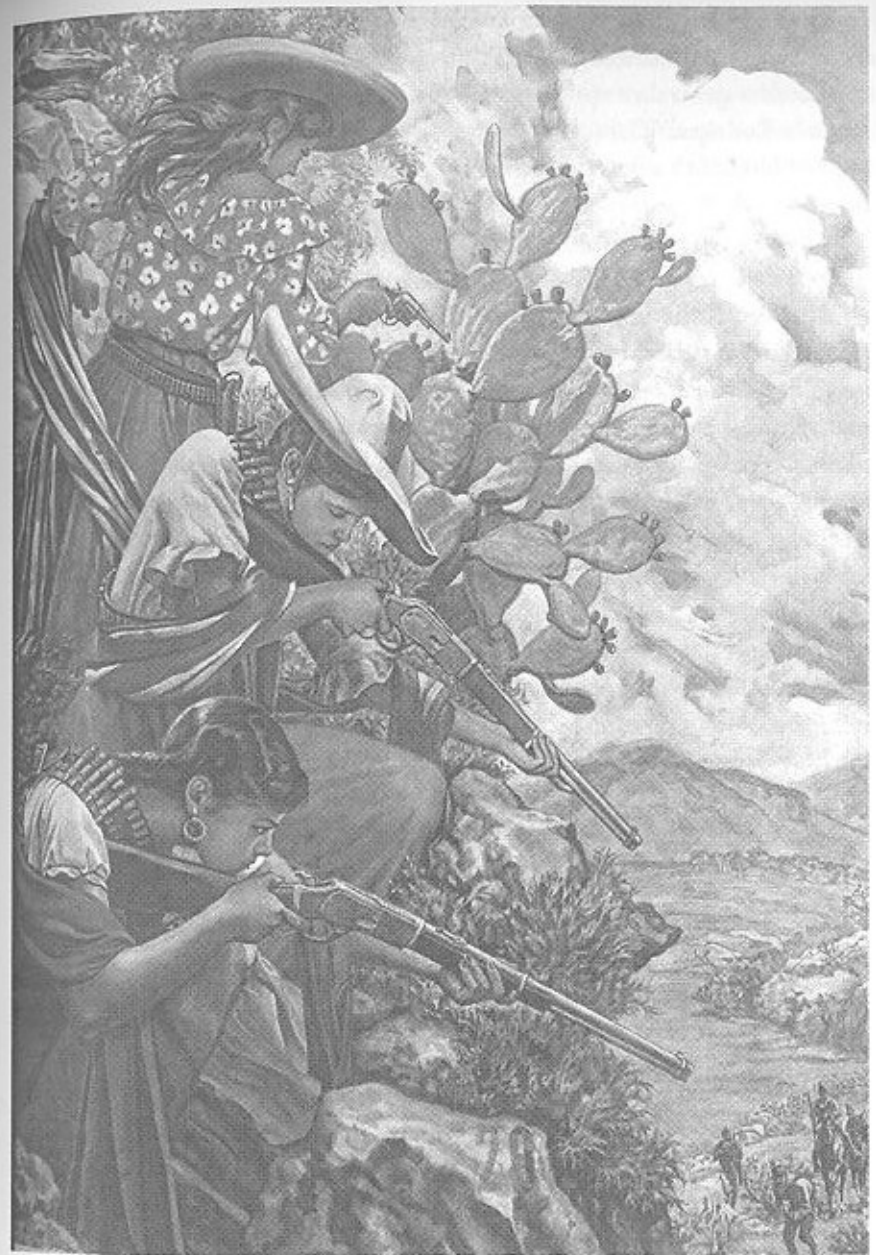


Figure 2. Angela Villalba, *Mexican Calendar Girls = Chicas de calendarios Mexicanos: Golden Age of Calendar Art, 1930-1960 = La época de oro del arte de los calendarios, 1930-1960* (San Francisco: Chronicle Books, 2006), p. 99 (The Bancroft Library, NC1002.C3 V55 2006)

la Adelita del relato de Baltasar Dromundo, era una manera de hacer justicia a las mujeres revolucionarias que, en cierta forma, eran antecesoras de las refor-

madoras y activistas; pero, sobre todo, recordarlas era una manera de afirmarse a sí mismas como actores políticos en una época en que a las mujeres se les consideraba generalmente incapaces de comprender y de actuar en política. Matilde Rodríguez Cabo, del Frente Pro-Derechos de la Mujer, reunió información biográfica sobre algunas participantes revolucionarias destacadas y lo hizo a partir del testimonio directo de Elisa Acuña y Rossetti, activa desde el período prerrevolucionario. Su intención era destacar la capacidad de las mujeres de hacer contribuciones a los procesos revolucionarios.²⁰ Por su parte, Amalia de Castillo Ledón, fundadora y cabeza del Ateneo, se dedicó a exaltar las cualidades de abnegación y sacrificio que consideraba atributo central de las soldaderas. Para esta autora, la soldadera es una figura heroica, que siendo una víctima hizo una contribución esencial al movimiento revolucionario. La identidad de las soldaderas de Castillo Ledón no se cifra en su atractivo y disponibilidad sexual, como ocurre en el personaje de Baltasar Dromundo, sino en su disposición al sacrificio.²¹

Como imagen visual, soldaderas y Adelitas alcanzaron gran influencia en el imaginario nacional a través del cine y la fotografía. No me ocuparé aquí de las numerosas películas en las que mujeres con cananas al pecho se convirtieron en la imagen representativa de la mujer revolucionaria, sino que me referiré a la divulgada imagen fotográfica de la mujer que se asoma de un tren, que se ha convertido en la representación visual por excelencia de la participación de las mujeres en la Revolución Mexicana y una de las imágenes más emblemáticas de ese movimiento.²²

Los especialistas en historia de la fotografía de la Revolución Mexicana ahora saben que la célebre imagen se captó en la estación de Buenavista en abril de 1912, a poco del triunfo de Francisco I. Madero, y suponen que la mujer trabajaba para el ejército federal. Se sabe que el autor fue el fotógrafo Jerónimo Hernández.²³ Por décadas la foto se atribuyó a Agustín Víctor Casasola por haber sido incluida en las diversas ediciones de la *Historia gráfica de la Revolución Mexicana*.

Las historias gráficas de Casasola, de acuerdo con el historiador John Mraz, no ofrecen una narrativa histórica propiamente dicha sino que constituyen un recuento de acontecimientos políticos que pretenden ser neutrales y objetivos.²⁴ Desde la primera edición de la *Historia gráfica* de 1942, la foto de la mujer que se asoma del tren fue la imagen central de un apartado que se titula "La Soldadera".

El apartado incluye otras fotografías de soldaderas y un ensayo dedicado a exaltar las cualidades domésticas y la disposición al sacrificio de las mujeres anónimas, que de acuerdo con el autor del texto están a la espera del "poeta

que cante dignamente sus sacrificios."²⁵ La frase confirma la acertada caracterización que hace el historiador John Mraz sobre la *Historia gráfica* como la historia de los grandes hombres.²⁶ Las mujeres irrumpen en el relato de manera excepcional y requieren de una voz poética que registre sus contribuciones a la historia. La poesía es una forma de expresión caracterizada como femenina en la cultura literaria decimonónica y para los autores de la *Historia gráfica* es el medio idóneo para hablar de las combatientes revolucionarias y calificarlas como femeninas.

Al mismo tiempo, la exaltación de la soldadera en el texto incluido en la *Historia gráfica* contrapone sus cualidades femeninas y domésticas con las mujeres masculinizadas de Revolución Mexicana. Tal oposición, central para un orden binario de género, está presente también en la imagen de la soldadera sacrificada elaborada por Castillo Ledón y aún en la Adelita de Dromundo, que se masculiniza al vestirse como soldado villista para después morir en batalla. La ansiedad que provocaban las mujeres masculinizadas expresa una faceta de la relación ficticia de la Adelita con el pasado revolucionario, en el que las condiciones de guerra provocaron el trastocamiento de identidades y roles de género, cuando muchas mujeres no se ajustaran a las normas de feminidad idealizada que Adelita representa. Las identidades de género y sus cambios en los ejércitos revolucionarios no se han estudiado, pero hay testimonios sobre mujeres que tuvieron mando de armas y de algunos casos de combatientes que adoptaron atuendos e identidades masculinas. Cabe subrayar que los casos de masculinización definitiva o temporal de las mujeres en la guerra no fue un fenómeno generalizado, sino excepcional; sin embargo esa posibilidad causó una fuerte ansiedad social, como se aprecia en las reiteradas manifestaciones de repudio a las mujeres masculinizadas en obras de autores tan diversos como Casasola, Dromundo y Castillo Ledón, entre otros.²⁷

Las mujeres masculinizadas fueron cosa de excepción, pero su existencia se divulgó ampliamente porque sirvieron para exaltar, por contraste, la feminidad de la Adelita, dentro de un modelo de género basado en la oposición de las cualidades femeninas y masculinas. El repudio de las mujeres masculinizadas de la Revolución Mexicana sirvió, por ejemplo, a Amalia de Castillo Ledón para dar sustento a una visión del feminismo que reclamaba para las mujeres el derecho a la participación política y a algunas actividades profesionales, siempre y cuando el ejercicio político y profesional no cuestionara las normas culturales de género, que definían la feminidad y la masculinidad como identidades claramente distintas y de clase media urbana.²⁸

A partir de las reflexiones anteriores puedo adelantar una conclusión: es necesario navegar a contracorriente de la Adelita estereotipada para escribir

una historia que coloque a las mujeres en el centro del escenario histórico y se ocupe de personajes tan significativos y que no se ajustaban a modelos idealizados de feminidad. Sin embargo, tampoco pueden describirse como mujeres que adoptaron una identidad masculina, como Buenaventura García viuda de Colima, ruda espía y mensajera zapatista que fue capaz de resistir las presiones del ejército constitucionalista de Pablo González; o Hermila Galindo, quien presentó al Congreso Constituyente de 1916-17 una propuesta para establecer el voto femenino en México y se postuló como candidata a diputada en 1917²⁹; o Elena Arizmendi, maderista, quien encaró un feroz conflicto con la Cruz Blanca Neutral, asociación de socorro médico filantrópico que ella había formado para atender a los heridos de guerra que se encontraban abandonados a su suerte ante la inmovilidad de la porfirista Cruz Roja Mexicana. Ninguna de las tres mujeres mencionadas a vuelapluma y a manera de ejemplo reúne los rasgos de juventud, sumisión, belleza complaciente y ausencia de compromiso político característicos de la Adelita, ni tampoco encarnaron a las temidas mujeres masculinizadas. Sus historias y contribuciones a la sociedad y cultura revolucionarias merecen conocerse ampliamente, como también vale la pena investigar y dar a conocer las historias de muchísimas más mujeres que tomaron parte en la Revolución Mexicana y que permanecieron en la invisibilidad en el centenario de 2010.

Como se sabe, en el mismo año de 2010 se conmemoró también el bicentenario de la Independencia. Los temas relativos a la insurgencia, en general, recibieron más atención de parte de los medios de comunicación, las instituciones culturales y las editoriales que los temas de Revolución Mexicana. El desequilibrio fue muy claro en el caso de la participación femenina. Leona Vicario y Josefa Ortiz de Domínguez fueron objeto de publicaciones históricas y, sobre todo, de relatos de ficción; aunque hubo cierto interés también por indagar la historia de mujeres insurgentes poco conocidas,³⁰ Vicario y Ortiz de Domínguez acapararon la atención. Una y otra tuvieron mayor visibilidad que cualquier otro personaje femenino de la independencia o de la revolución de 1910, ni siquiera Carmen Serdán, la única mujer con nombre y rostro propio que figura en la historia conmemorativa de la Revolución Mexicana.

Las visibilidades de Vicario y Ortiz de Domínguez en 2010 no es del todo novedosa, sino que siguió en buena medida la pauta de las conmemoraciones del Centenario de la Independencia de 1910, cuando ambos personajes se constituyeron en heroínas nacionales. El historiador y bibliógrafo Genaro García contribuyó a construir a Leona Vicario como una heroína independentista al escribir una biografía del personaje, publicada en 1910. Su calidad de heroína se reiteró asimismo mediante la colocación de una placa conmemorativa en la

casa donde falleció y en la celebración de una ceremonia cívica en la escuela primaria que llevaba su nombre. Por su parte, Josefa Ortiz de Domínguez también recibió el tratamiento de heroína de la patria en el año de 1910, al levantarse una estatua en su honor y darle el nombre de Corregidora de Querétaro a una moderna Escuela Artes y Oficios para Mujeres.³¹

Tanto Leona Vicario como Josefa Ortiz de Domínguez figuran en el libro *Mujeres notables mexicanas*, de Laureana Wright de Kleinhans, publicado en 1910, libro que constituye uno de los mayores esfuerzos de la historiografía mexicana por hacer de las mujeres actores históricos centrales.³² No sabemos si Wright de Kleinhans, escritora originaria de Taxco, Guerrero, fallecida en 1896, preparó la edición de *Mujeres notables* o si la recopilación fue preparada por un editor anónimo que reunió materiales dispersos en revistas (y quizás algunos inéditos) y consiguió publicar el libro en los talleres nacionales. Sea como haya sido el proceso editorial, la edición del libro de Wright contó con el respaldo de Justo Sierra, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Es posible que el historiador Género García, autor de la *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia* (1911) y defensor de los derechos de las mujeres, hubiera intervenido en la edición de esta obra de orientación fuertemente nacionalista que exalta las contribuciones cívicas, filantrópicas, educativas y aún científicas de las mujeres. El libro reúne semblanzas biográficas de “mujeres notables” entre las que figuran personajes de los distintos períodos: cacicas indígenas, monjas, independentistas, escritoras y hasta una “heroína de la ciencia”, Matilde Montoya, la primera mujer que recibió un título profesional en medicina. Las biografías son un esfuerzo de Wright de Kleinhans por compensar la exclusión de las mujeres de la historia de México, manifiesta en *México a través de los siglos*, la gran obra de la historia nacionalista.

La Revolución Mexicana no produjo nada parecido a las heroínas que se dieron a conocer en el Centenario de la Independencia de 1910 y que bajo nuevas luces resurgieron en el 2010. El gran personaje femenino del movimiento revolucionario fue la Adelita, una invención fraguada a partir de una relación ficticia con el pasado que legitimó un orden social de género al tiempo que se constituyó en un obstáculo para hacer la historia de las formas múltiples y diversas como las mujeres participaron en la Revolución Mexicana. Es ante la dilatada influencia de la Adelita que cabe todavía preguntarse si es posible escribir la historia de las mujeres en la Revolución Mexicana.

NOTES

- 1 Michelle Perrot, *Une histoire des femmes, est elle possible?* (Paris: Rivages, 1984).
- 2 Michelle Perrot, *Mi historia de las mujeres* (Buenos Aires - México: Fondo de Cultura Económica, 2008), Asunción Lavrín, "Women in Twentieth Century Latin American Society", en *The Cambridge History of Latin America*, ed. Leslie Bethell (Cambridge: Cambridge University Press, 1994), 6:2, 483-544 y Sueann Caulfield, "The History of Gender in the Historiography of Latin America", *Hispanic American Historical Review* 81, núm. 3-4 (2001): 449-90.
- 3 Mary Kay Vaughan, "Pancho Villa, the Daughters of Mary and the Modern Woman. Gender in the Long Mexican Revolution", en *Sex in Revolution. Gender, Power and Politics in Modern Mexico*, ed. Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano, (Durham: Duke University Press, 2006), 24.
- 4 Entre otras obras, véase: Ann Shelby Blum, *Domestic Economies. Family, Work and Welfare in Mexico City, 1884-1943* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2009), Olcott, Vaughan y Cano, *Sex in Revolution*, Jocelyn Olcott, *Revolutionary Women in Postrevolutionary Mexico* (Durham: Duke University Press, 2005), Susie Porter, *Working Women in Mexico City: Public Discourses and Material Conditions, 1879-1931* (Tucson: University of Arizona Press, 2008).
- 5 Eileen O' Malley, *The Myth of Revolution. Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State, 1920-1940* (Westport, Ct.: Greenwood Press, 1986).
- 6 El Instituto Nacional de las Revoluciones en México organizó el Foro "La participación de las mujeres en la Revolución mexicana" el 24 de marzo; el gobierno del estado de Michoacán efectuó el Coloquio "La Mujer Mexicana. 200 años de historia" los días 2-4 de septiembre de 2010. La revista *Proceso Bicentenario* dedicó el número de marzo de 2010 al tema de las mujeres en la Revolución Mexicana; fue abordado por las especialistas Ana Lau, Martha Eva Rocha y Enriqueta Tuñón. La serie de cuatro programas de televisión "Revolucionarias", dirigida por Ana Cruz, se transmitió por el Canal 22 del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CONACULTA) el 20 de noviembre; la serie radiofónica "Miradas de género a la Revolución Mexicana", que me permitió conversar con Yuriria Contreras, estuvo al aire repetidamente por las frecuencias del Instituto Mexicano de la Radio (IMER). Sobre la estatua a Leonor Villegas véase <http://www.hoytamaulipas.net/notas/11741/Develan-primer-monumento-en-Mexico-a-Leonor-Villegas-de-Magnon.html> (consultado el 20 de junio de 2010).
- 7 La biografía es de mi autoría: Gabriela Cano, *Se llamaba Elena Arizmendi* (México: Tusquets, 2010), y los relatos de ficción popular son de Carlos Isla, *La Adelita* (México: Fontamara, 2006) y *La Valentina* (México: Fontamara, 2006).
- 8 Clara Lomas relata los muchos intentos que hizo la autora por publicar sus memorias, que aparecieron tardíamente en inglés. Véase Clara Lomas, "Introduction" a Leonor Villegas de Magnón, *The Rebel* (Houston: Arte Público Press, 1994), vii-lvi.
- 9 *Reforma*, (21 de noviembre de 2010): 7.
- 10 Vaughan, "Pancho Villa", 24.
- 11 Por ejemplo, Carlos Monsiváis, "When Gender Can't be Seen amid the Symbols: Women and the Mexican Revolution" in Olcott, Vaughan y Cano, *Sex in Revolution*, 1-20.
- 12 Eric Hobsbawm, "Introducción: la invención de la tradición" en *La invención de la tradición*, ed. Eric Hobsbawm y Terence Ranger (Barcelona: Crítica, 2002), 20.
- 13 Carlos Monsiváis, "Prólogo. De cuando los símbolos no dejaban ver el género (Las mujeres en la Revolución mexicana)" en *Género, poder y política en el México revolucionario*, ed. Gabriela Cano, Mary Kay Vaughan y Jocelyn Olcott (México: Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2009), 18.
- 14 Baltasar Dromundo, *Francisco Villa y la "Adelita"* (Victoria de Durango: ed. del autor, 1936).
- 15 Dromundo, *Francisco Villa y La "Adelita"*, 34.
- 16 Adriana Zavala, "De Santa a la india bonita. Género, raza y modernidad en la ciudad de México, 1921", en *Orden social e identidad de género. México, siglos XIX y XX*, coord. María Teresa Fernández Aceves, Carmen Ramos Escandón y Susie Porter (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, CIESAS; Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2006), 149-87.
- 17 Ricardo Pérez Monfort, "La china poblana. Notas y breve crónica sobre la construcción del estereotipo regional femenino", en *Expresiones populares y estereotipos culturales en México. Siglos XIX y XX. Diez ensayos* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, CIESAS, 2007), 119-46.
- 18 Susie S. Porter, "Empleadas públicas: normas de feminidad, espacios burocráticos e identidad de la clase media en México durante la década de 1930", *Signos Históricos* 11 (2004): 41-63, y Anne Rubenstein, "The War on 'Las Pelonas'. Modern Women and Their Enemies, Mexico City, 1924", en Olcott, Vaughan, y Cano, *Sex in Revolution*, 57-80.
- 19 Sobre el Frente Único Pro-Derechos de la Mujer, véase Olcott, *Revolutionary Women*.
- 20 Mathilde Rodríguez Cabo, *La mujer y la revolución. Conferencia pronunciada en el Frente Socialista de Abogados* (México: ed. de la autora, 1937).
- 21 Amalia de Castillo Ledón, "Heroínas mexicanas", *El Hogar*, 25, núm. 960 (14 de septiembre de 1938): 9.
- 22 Carlos Monsiváis, "Soy porque me parezco", en *Espejo mexicano*, ed. Enrique Florescano (México: Fondo de Cultura Económica, 2002), 197. Véase también el artículo de John Mraz, "Photographing the Mexican Revolution: Commitments and Icons", en este tomo, págs. 00-00, esp. Figure 9.
- 23 Miguel Ángel Morales, "La célebre fotografía de Jerónimo Hernández", *Alquimia* 27 (2006): 68-75.

- 24 John Mraz, *Looking for Mexico. Modern Visual Culture and National Identity* (Durham: Duke University Press, 2009), 192-94.
- 25 Gustavo Casasola, *Historia gráfica de la Revolución*, cuaderno 7 (México: Archivo Casasola, 1942), 664.
- 26 Mraz, *Looking for Mexico*, 72.
- 27 Estudio uno de esos casos excepcionales en Gabriela Cano, "Unconcealable Realities of Desire: Amelio Robles's (Transgender) Masculinity in the Mexican Revolution", en Olcott, Vaughan y Cano, *Sex in Revolution*, 35-56.
- 28 Amalia de Castillo Ledón, *Discurso ante la Columna de la Independencia* (México, 1938).
- 29 Gabriela Cano, "Gertrude Duby y la historia de las mujeres zapatistas de la revolución mexicana", *Estudios Sociológicos* 83 (2010): 579-97.
- 30 Véase, por ejemplo, Celia del Palacio, *Leona* (México: Summa de Letras, 2010), Carlos Pascual, *La insurgente* (México: Grijalbo, 2010), y Carmen Saucedo Zarco, *Ellas que dan de que hablar. Las mujeres en la guerra de independencia* (México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2010).
- 31 Véase Genaro García, *Leona. Heroína insurgente*, edición facsimilar (México: Innovación, 1979), y Virginia Guedea, "La historia en los centenarios de la independencia: 1910 y 1921", en *Asedios a los centenarios, 1910-1921*, coord. Virginia Guedea (México: Fondo de Cultura Económica - Universidad Nacional Autónoma de México UNAM, 2009), 21-107.
- 32 Laureana Wright de Kleinhans, *Mujeres notables mexicanas* (México: Tipografía Económica, 1910).

MEXICO CITY: EMPORIUM OF LATIN AMERICAN EXILES AND REVOLUTIONARIES IN THE 1920s

Barry Carr
University of California, Berkeley

Introduction

This article is part of a larger project on the history of transnational networks of radicals, revolutionaries, exiles, and vanguard intellectuals in the Greater Circum-Caribbean in the period between the two great world wars, with the focus being on the 1920s and 1930s. The historian Ann Stoler has noted "the agents of empire were themselves rarely stationary," and Mary Renda has followed through by arguing that "the same may be said of those who actively sought its undoing and of those who landed, at one time or another, on both sides of the struggle."¹

As part of this project I have become interested in the role played by certain cities that emerged as particularly sensitive, rich centers of attraction for the protagonists I am studying, places that acted as a magnet for radicals and revolutionaries of all kinds (anarchists of different flavors, Wobblies, Socialists, Communists, Garveyites) and exiles, many of them vanguard intellectuals as well (those writers, poets, and artists who went beyond what literary scholars would call the vanguardist experiments with new vocabularies and styles that emerged everywhere in Latin America in the teens and twenties—and who embraced various kinds of political radicalism associated with new collective practices in which artistic *tertulias* ceased to be "instancias aristocráticas de consecración de poetas 'cursi' de alta sociedad" and became "centros de discusión doctrinaria, de recepción de las novedades políticas internacionales").³

There are a number of these urban hubs: New York and to some degree Tampa in the U.S., Havana, and, to leave the Circum-Caribbean for a moment, Buenos Aires; but the largest by far was Mexico City.

There has long been an academic interest in Mexico and the gaze and presence of foreigners attracted by what Mexico and Mexico City meant. Most of this work, though, has centered on the North American gaze, understandably enough, such as that of Helen Delpar.⁴ More recently, Mauricio Teno-